

Isaac Deutscher

Entre el pasado y el futuro

En sus Trevelyan lectures, reproducidas en su libro *What is History?*,¹ E. H. Carr presenta un credo histórico-filosófico. Generalmente, para un historiador práctico resulta peligroso convertirse en filósofo de la historia, pues le puede faltar la preparación filosófica necesaria o puede mostrar una divergencia entre su teoría y su práctica. El credo de Carr es, sin embargo, muy notable; en algunos aspectos es la mejor formulación de esta especie producida jamás por un historiador británico.

El punto privilegiado desde el cual enfoca el tema se halla en la divisoria entre la tradición académica británica y el marxismo. A lo largo de su exposición la interrelación de estas dos influencias se pone cada vez más en evidencia. Pese a las muchas ideas que ha absorbido Carr de la concepción marxista de la historia, no se identifica con ella y mantiene, en cambio, ciertas reservas; por otra parte, a pesar de sus críticas explícitas a la tradición británica, y en particular a su tendencia empirista, pertenece a ella, aunque no enteramente. En realidad, recoge las hebras de la filosofía británica de la historia donde las dejó R. G. Collingwood, hace casi un cuarto de siglo, en *The Idea of History*, un libro que ha tenido un fuerte impacto, y uno barrunta que bastante recientemente, en E. H. Carr. Aunque no llega en su tarea a la sutileza y al sentido filosófico de Collingwood, es enormemente superior como historiador y como teórico político.

Sigue a Collingwood en su reacción contra el método "factualista" y empirista, y considera la historia como "el restablecimiento del pasado en el espíritu del historiador" y como "un diálogo entre el pasado y el presente" (o mejor entre el pasado y el futuro). "La función del historiador no consiste en el pasado ni en emanciparse de él, sino en dominarlo y comprenderlo como clave para la comprensión del presente." Pero el historiador, cuando considera tiempos desaparecidos, está inmerso en su propia época, en sus intereses, preocupaciones e ideas; y así, en realidad es el presente lo que le proporciona la clave del pasado. Nos enfrentamos pues a una contradicción insoluble entre el presente como clave del pasado y el pasado como clave del presente. Pero para Carr la contradicción no es insoluble; representa más bien una "unidad de los contrarios". Con los hegelianos y los marxistas, Carr diría probablemente que ahí reside la dialéctica del problema. Considerado desde otro punto de vista, se halla ahí la más amplia y familiar unidad de sujeto y objeto, en la que la fábrica del pasado es el objeto y el espíritu del historiador, vinculado al presente, el sujeto.

Así, la obra del historiador es necesariamente subjetiva, pero puede ser también objetiva; al restablecer el pasado puede darnos su imagen verdadera. Pero tiene que "navegar" entre la Scylla del objetivismo, que proclama "la incualificada primacía del hecho sobre la interpretación", y el Caribdis del subjetivismo, en el que la historia se desprende meramente del espíritu del historiador. Al cabo de unos pocos pasos en su razonamiento, Carr, al igual que Collingwood, se aproxima peligrosamente a Caribdis. Por ejemplo, pregunta: "¿Qué es un hecho histórico?"; y, al demostrar la falsedad de la opinión de que "los hechos hablan por sí mismos", afirma que "hablan solamente cuando el historiador les pregunta". La "única razón" de que nos interese, por ejemplo, por la batalla de Hastings es "que los historiadores la consideran como un acontecimiento histórico importante", y que un acontecimiento social o político alcance el nivel de hecho histórico depende de que sea "aceptado por... los historiadores como válido y

¹ Esta reseña fue publicada en *The Times Literary Supplement* el 17 de noviembre de 1961. (Hay traducción castellana. *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix y Barral. N. del T.).

significativo”.

Estas afirmaciones despiden cierto tufillo de egocentrismo profesional. Seguramente acontecimientos como la batalla de Hastings, el descubrimiento de América, la batalla de Waterloo, las guerras mundiales, la revolución rusa, la exterminación de millones de judíos por los nazis, el primer vuelo espacial, etc., son acontecimientos históricos independientemente de los historiadores. De la circunstancia de que para la posteridad el historiador es la única fuente segura de conocimientos sobre ellos no se sigue que sea también quien les dé carácter histórico. Es más bien su carácter histórico, esto es, su impacto real sobre los problemas humanos, lo que origina el ”restablecimiento” de tales acontecimientos por el historiador en su espíritu. El empirismo, pese a todas sus limitaciones, que Carr denuncia tan convincentemente, es superior a las escuelas subjetivistas en su comprensión de este aspecto del problema. A pesar de sus resbalones subjetivistas, Carr es también consciente de ello cuando afirma con admirable lucidez: ”De que una montaña parezca adoptar formas diferentes desde puntos de vista distintos, no se sigue que objetivamente carezca de forma o que tenga una infinidad.” La forma y la realidad del hecho histórico están por encima de toda interpretación. ”De que ninguna de las interpretaciones existentes sea plenamente objetiva no se sigue que... ninguna interpretación sea mejor que otra y que los acontecimientos de la historia no sean susceptibles de una interpretación objetiva.” De hecho, solamente la realidad del hecho histórico hace significativa la búsqueda de la verdad histórica, búsqueda que, como todo conocimiento, procede de manera casi asintótica.

¿Qué es, pues, lo que convierte a una interpretación en más válida que otra? Todo historiador entabla el diálogo entre el pasado y el presente; pero algunos diálogos son significativos y otros fútiles. La cantidad de ”montaña” que ve el historiador, y la claridad con que la ve, depende en gran parte de su punto de vista, esto es, de su *Weltanschauung*, tal como ha sido formada por su trasfondo social. Así, dice Carr, ”estúdiense al historiador antes de estudiar su historia”.

Hablamos a veces del curso de la historia como de una ‘procesión en movimiento’... El historiador es precisamente otra figura oscura que avanza con dificultad en otro lugar de la procesión. Aparecen constantemente nuevas vistas, nuevas perspectivas a medida que la procesión avanza y, con ella, el historiador... El punto de la misma en que se halla determina su perspectiva del pasado.

Si llega a encontrarse entre ”un grupo o nación que avanza por la cuneta, y no por la cima de los acontecimientos históricos”, necesariamente adoptará una perspectiva errónea, una falsa vista, o no tendrá ninguna.

He ahí las brumas de conservadurismo pesimista, escepticismo, anti-”historicismo” y resignación que dominan tantos escritos de historia contemporáneos. ”La historia estuvo llena de sentido para los historiadores británicos mientras pareció que seguía nuestro camino; ahora que ha tomado un giro perjudicial, la creencia en el significado de la historia se ha convertido en una herejía.” Carr concentra el ataque en Sir Lewis Namier, el profesor Karl Popper y Sir Isaiah Berlin. Señala la paradoja de que el conservadurismo haya encontrado su portavoz histórico intelectualmente más agresivo en Namier, el conservador naturalizado, debido a que, a diferencia del conservador inglés típico, que ”si se escarba resulta ser liberal en un 75 por ciento”, Namier ”carecía de raíz alguna” en la tradición liberal y en su creencia optimista en el progreso social. Nadie que participara de esta tradición podía compartir plenamente la delectación de Namier por la ”fatigada calma” (la falta de razón auténtica) de la política británica, ni podía ver en ella ”una mayor madurez nacional” o desear con Namier ”que pueda continuar largamente sin ser molestada por la acción de la filosofía política”.

En el profesor Popper y en Sir Isaiah Berlin la repugnancia conservadora por la filosofía política asume la forma de un subjetivismo extremo, de un moralismo que induce al historiador a actuar

como "juez ahorcador" (especialmente respecto de los dirigentes de la Revolución Rusa), de una dura hostilidad hacia el tratamiento científico de la historia y hacia todas las formas y variedades de determinismo. A un nivel más popular, estas actitudes suscitan la opinión ingenua de que solamente los "individuos", en contraposición a las "fuerzas sociales", son el tema propio del historiador. Carr cita apropiadamente la observación de Goethe de que "cuando las épocas se hallan en decadencia todas las tendencias son subjetivas, pero, por otra parte, cuando está madurando el material para una época nueva, todas las tendencias son objetivas".

Lo que dice Carr sobre el enfoque científico de la historia, la causalidad y el problema del individuo y la sociedad forma uno de los razonamientos de mayor fuerza que pueden encontrarse en la literatura sobre el tema. En el capítulo sobre "Historia, ciencia y moral" demuestra cuánto se han aproximado entre sí los métodos de la ciencia y de la historia; cómo la ciencia, al aprender a tratar acontecimientos más que hechos, y procesos más que estados estáticos, se ha impregnado de espíritu histórico. Acaso habría que añadir entre paréntesis que la opinión de Carr acerca de la caducidad de todas las "leyes" y su descalificación por la ciencia moderna está menos fundamentada de lo que presume, siendo prueba de ello la vacilación que Broglie, Einstein, y otros han experimentado al llegar a este punto.

Sin embargo, Carr se mueve sobre una base sólida cuando afirma que "el historiador tiene alguna excusa para sentirse más a gusto en el mundo de la ciencia hoy que cien años atrás". Ello es cierto incluso aunque los filósofos de la historia, que no se sienten a gusto ni en la ciencia ni en la historia, sean inconscientes de ello y "estén tan ocupados en mostrarnos que la historia no es una ciencia... que no tienen tiempo para examinar sus realizaciones y sus posibilidades".

Aquí y allá, con todo, la argumentación de Carr es algo vacilante filosóficamente, en especial cuando trata con el principio de causalidad y el papel del azar en la historia. Sus referencias a los "ejemplos de la vida diaria" son más bien triviales, y no llega a dominar completamente el problema. Dice que quienes desprecian o dan poca importancia a la causalidad e insisten en el azar o el accidente lo hacen precisamente porque avanzan por la cuneta y no en la cresta de los acontecimientos. "La opinión de que los resultados de los exámenes son una lotería siempre ha sido popular entre los últimos de la clase." Pero el propio Carr no está nada seguro de que los resultados de los exámenes no sean una lotería. La forma proverbial de la nariz de Cleopatra, el mono que mató a un rey de un mordisco, la muerte de Lenin, mantiene, "fueron accidentes que modificaron el curso de la historia". En este punto rechaza las opiniones contrarias de deterministas tales como Montesquieu, Marx y Tolstoy, y concluye que "es fútil dejarse llevar lejos (por los accidentes) o pretender que... no tienen consecuencia alguna".

Rechaza, apodócticamente, la opinión de Trotsky de que en la historia, al igual que en la biología, la causalidad "se refleja por medio de lo accidental" y que hay algo así como una "selección natural de accidentes". Pero no hace ningún intento propio de correlacionar filosóficamente su aceptación de la causalidad y su reconocimiento del importante y posiblemente decisivo papel del accidente. Pero si el accidente "modifica el curso de la historia" ¿acaso no debe el historiador dar una plena explicación de él? No, responde Carr; puede ignorar el accidente porque "no entra en una interpretación racional de la historia o en una jerarquía del historiador de las causas importantes". Sin embargo, esto seguramente es orillar la cuestión. ¿En qué sentido una interpretación es algo que ignora un factor real y posiblemente decisivo de la historia "racional"? Si el accidente modifica el curso de los acontecimientos pero no cuadra con la "jerarquía de causas significativas" del historiador, ¿no habrá algo equivocado en esa jerarquía? ¿Y acaso no pueden ser las causas del historiador mucho menos importantes de lo que pretende? "Las causas accidentales no pueden ser generalizadas", añade Carr; carecen de interés teórico. Pero

entonces ¿no son arbitrarias las generalizaciones del historiador?

La vena subjetivista subyacente a la primera parte del razonamiento de Carr sale aquí claramente a la superficie. Si fuera realmente verdadero que un acontecimiento alcanza o deja de alcanzar el rango de hecho histórico según que "sea aceptado por los historiadores como válido y significativo", entonces el historiador estaría autorizado para eliminar de su esquema de las cosas todo acontecimiento que no considerara significativo, independientemente de cuál haya sido su impacto real sobre los acontecimientos. Pero su "jerarquía de causas" sería entonces meramente racionalista, no racional: se alargaría más allá de su propio espíritu; la "montaña" de la historia no tendría una forma objetiva, sino sólo la que hubiera decidido darle el historiador; éste gobernaría desde la cima misma como autocrático señor sobre una amorfa masa de hechos. No estaría autorizado, sin embargo, a gobernar en nombre de la "causalidad objetiva" y del determinismo. Carr parece no ser consciente de su inconsistencia filosófica y de la medida en que expone su flanco al contraataque del profesor Popper y de Sir Isaiah Berlin.

Los lectores de la *Historia de la Rusia Soviética* de Carr quedarán algo confundidos por este elemento de subjetivismo, pues la *Historia* está concebida en un estilo predominantemente empirista, que bordea a veces la factualidad. Se trata, evidentemente, de otro caso en el que la práctica del historiador se aparta de su teoría.

También es extraño argumentar, como hace Carr, en favor de los enfoques determinista y teleológico de la historia, a la vez. ("El pensamiento histórico —cita a Huizinga en sentido aprobador— es siempre teleológico.") La confusión puede ser debida a un manejo poco cuidadoso de términos filosóficos (otro ejemplo del cual es el uso del término "absoluto" en el capítulo V). Sin embargo, por debajo de esta confusión concreta hay un problema real que Carr discute con mucha originalidad. Se trata de lo siguiente: los hombres actúan porque se ven empujados a ello por determinadas causas; pero al actuar luchan por objetivos y propósitos definidos. Las causas se reflejan en los objetivos, y éstos reaccionan sobre las causas. El historiador no es una excepción: considera los modelos históricos de causa y efecto a través del prisma de sus objetivos y de sus propósitos, con su propio ideal social y con una imagen del futuro en su espíritu. Según las sabias palabras de Namier, los historiadores "imaginan el pasado y recuerdan el futuro"; emplazan a la historia a servir sus ideales.

El valor cognitivo de la obra de un historiador depende, por consiguiente, de la naturaleza de su ideal. Su comprensión del pasado cobra fuerza y profundidad a partir de un objetivo social que se halla en armonía con las realidades de su propia época y con el impulso hacia adelante de su propia generación. Un objetivo reaccionario tiende a obnubilar la mente del historiador tanto respecto del pasado como del presente. Suspirando por tiempos pasados, ni siquiera puede comprenderlos. No puede lograr un diálogo fructífero entre el pasado y el futuro porque carece de contacto con éste.

Para el comentarista, la verdad general de este razonamiento, al menos, parece innegable. Pero tal vez no esté de más una llamada de atención. El convencimiento del historiador de que "avanza en la cresta de la ola" puede inducirle fácilmente a una especie de subjetivismo "progresivo" e incitarle a considerar la historia como una mera "proyección del presente en el pasado", tal como hicieron en otro tiempo el liberal Croce y el bolchevique Pokrovsky. Aunque generalmente la concepción "progresiva" es históricamente más fecunda que la reaccionaria, los escritores nostálgicos del pasado a veces han detectado más de prisa que nadie las imperfecciones de un régimen recientemente implantado y que mira hacia adelante; de ahí la eficacia de los "socialistas feudales", de Sismondi a Tolstoy, en su crítica de a concepción burguesa de la vida. Por otra parte, la sensación de avanzar "en la cresta de la ola" ha convertido a los historiadores stalinistas

(y khrushchevistas) en falsificadores y manipuladores totalmente carentes de escrúpulos. La *Weltanschauung* puede proporcionar realmente al historiador la clave del pasado, pero ¡cuán a menudo se la quitan de la mano el subjetivismo o la arrogancia política!

Con estas reservas, uno suscribe con mucho gusto la afirmación de Carr de que la "historia propiamente dicha solamente puede ser escrita por quienes hallan y aceptan un sentido de dirección en la historia misma". Su declaración de "fe en el futuro de la sociedad y en el futuro de la historia" irrumpe como un vientecillo poderoso y refrescante en la cargada atmósfera de desesperación intelectual que ha predominado mucho tiempo en nuestra filosofía de la historia.

La historiografía es una ciencia positiva, en el sentido de que procura dar constantemente una imagen más amplia y más profunda de un curso de acontecimientos que es progresivo a su vez. Esto es lo que quiero decir al afirmar que necesitamos "una concepción constructiva del pasado". La historiografía moderna se ha desarrollado durante los dos últimos siglos en esta creencia doble en el progreso, y no puede sobrevivir sin ella, puesto que esta creencia es lo que le da su patrón de significación...

Por lo que a mí respecta, sigo siendo un optimista; y cuando Sir Lewis Namier me instiga a eludir programas e ideales, y cuando el profesor Oakeshott me anuncia que no vamos a ninguna parte concreta y que lo que importa es velar porque nadie mueva el barco, y cuando el profesor Popper se empeña en conservar en la carretera aquel simpático modelo T por arte de un simple remiendo pieza por pieza, y cuando el profesor Trevor-Roper da en la nariz a los radicales alborotados y el profesor Morison aboga por una historia escrita con sano espíritu conservador, yo vuelvo la mirada a la calle, sobre un mundo en tumulto y un mundo a la obra, y contesto con las manidas palabras de un gran científico: "Y sin embargo, se mueve."

El autor es acaso menos explícito de lo que podía haberlo sido en lo que respecta a su "sentido de la dirección de la historia". Da la impresión al lector de que su imagen del futuro, que se hace sentir tan fuertemente en su imagen del pasado, es un común denominador algo precario de fenómenos tan diversos como la economía planificada soviética, las revoluciones antiimperialistas afroasiáticas, el estado del bienestar, el keynesismo y el legado del radicalismo británico. Tal vez Carr no haya advertido que, al concluir su razonamiento con una nota tan triunfalmente optimista, en realidad se hace eco de aquella concepción de la historia liberal del siglo XIX que trata tan severamente al principio. Ello no es en absoluto casual, pues, parafraseando a Carr, también él, "cuando se escarba, resulta ser liberal en un 75 por ciento", uno de los más heterodoxos, radicales y abiertos liberales británicos de su generación.

Traducción: Juan Ramón Capella